

El 20 de septiembre 2020

Penelope Bridges

### El amor injusto de Dios

En el nombre de la Santa Trinidad, un Dios.

Hoy leímos el fin de la historia del profeta Jonás. Quiero contar un resumen del libro total – es un libro muy corto. Bueno: Dios llama a Jonás para que vaya y predique la palabra de Dios a la gente de Nínive, la capital de Asiria, un gran enemigo de Israel.

Jonás no solo niega la invitación sino también embarca en un barco que va en dirección opuesta. Dios envía una tormenta terrible y a los marineros les da cuenta que Jonás es responsable. Ellos tiran a Jonás al mar, salvando el barco y a los marineros, y un gran pez lo traga. Después de tres días el pez vomita a Jonás sobre la tierra, y Dios repite la llamada para que vaya a Nínive. Ahora Jonás obedece y predica, y tiene mucho éxito: el rey de los Asirianos proclama un ayuno y ellos se arrepienten de su mala conducta. Y hoy estamos al fin de la historia, cuando Dios perdona a los Asirianos y Jonás se enoja. El no quería predicar a sus enemigos; quería aferrarse a su odio, quería que los Asirianos sufrieran por sus pecados. Porque, ¿cómo puede sentirse superior a ellos si se arrepienten y se vuelven tan justos como su propia gente? Cuando Dios le pregunta ¿“te parece bien enojarte?” Jonás responde sí. A Jonás le gusta sentir enojado.

Pero Dios tiene compasión y paciencia con Jonás, mostrando la razón porque este Dios es nuestro Dios, que envió a Jonás para que salvara a sus enemigos, que envió a Jesús para que nos salvara; Dios que elige el amor no el castigo, y la vida no la muerte. Este Dios ama a toda la creación, no solo a Israel, no solo a los seres humanos.

El libro de Jonás se termina con una pregunta de Dios, y nosotros también tenemos una pregunta: ¿cual tipo de obediencia es apropiada? ¿La obediencia con el resentimiento, o la obediencia del corazón que nos lleva a la vida para todos?

¿Podríamos oír la voz de Jonás hoy en día? ¿Podría nuestra nación prestar atención a la llamada de Dios? Somos tan culpables como Jonás: corrimos de la llamada de Dios; probamos el poder y la paciencia de Dios; resistimos la idea que todas personas sean dignas del amor y de la misericordia de Dios.

Jonás puede ser más feliz si se enfocara en el agradecimiento para la generosidad de Dios. Y este pensamiento nos trae al Evangelio, y la pregunta del dueño para los jornaleros quejandos: ¿Será porque soy generoso y tu envidioso?

Un jornalero busca trabajo cada día, sin garantía de nada. En la esquina de la calle espera una oportunidad de ganar suficiente dinero para alimentar a su familia hoy. Es una manera dura de vida, con mucho estrés. Y sus posibilidades de trabajo dependen en los que están adelante en la cola, en el color de su piel, en la lengua que habla, en el capricho del empleador. Los primeros jornaleros no hicieron nada para merecer más dinero: simplemente fueron los primeros que vio el dueño en la calle en esa mañana.

El evangelio describe una desigualdad estructural de poder. Los jornaleros no tienen poder; por otra parte, el dueño puede contratar a quienquiera le gusta. Tiene la libertad de opciones. El salario para todo el día es bajo, y él puede pagar incluso menos para un día parcial. Mira, él promete el pago diario solo al primer grupo. Como sigue el día, sus ofertas se vuelven más vagas hasta el último grupo que recibe nada excepto una oferta de trabajo. El pago diario fue una moneda pequeña, suficiente para el pan de cada día, no más. Por eso, el dueño, un hombre justo, aseguró que las familias de todos pudieran cenar en esa noche.

Vivimos en un mundo desigual y injusto. Algunas personas tienen más valor que otras. Y está empeoramiento. Según el Instituto de Política Económica, desde los setenta, los salarios de los directores ejecutivos subieron más de mil por ciento, contra doce por ciento para el trabajador medio. Según la misma organización, los Americanos negros todavía y constantemente ganan del treinta al cuarenta por ciento menos que los blancos. Nos volvemos no más igual sino menos. Sin duda es injusto.

Por lo tanto, la Catedral se involucra en el programa de Tierra Sagrada, para que aprendamos más de las desigualdades en nuestro mundo. El evangelio nos enseña que el mundo no debería ser así. En esta sociedad capitalista esperamos competencia y jerarquía, pero por otra parte Dios nos da igualdad radical. Cada uno recibe suficiente. Los jornaleros quejan, “Los consideras igual que a nosotros.” Sí, exacto. La distinción entre **ellos** y **nosotros** no existe en el reino de Dios. Solo hay suficiente para todos.

Las dos historias de hoy nos dicen que Dios ofrece misericordia, compasión, y generosidad que nosotros no merecemos. Nuestro concepto estrecho de justicia y mérito no se pertenece en el plan de Dios. Dios quiere igualmente a cada uno de nosotros, y Dios se regocija por los últimos tanto por los primeros. Lo que importa no es nuestra idea de Justicia sino el pacto de fidelidad de Dios, que mantiene sus promesas: Yo quiero darles lo que prometí, y dio a los otros lo que quiero. Y quiero dar suficiente a todos.

Somos bendecidos si tenemos suficiente para compartir, para disminuir un poquito de la desigualdad del mundo. Somos bendecidos si podemos trabajar en la viña de Dios, si podemos participar en la transformación del mundo para que todos se alimenten, todos se cuiden. No deberíamos esperar que Dios sea justo; no: Dios **ama**; y este dato es buena noticia para Jonás, para los Ninivitas, para los jornaleros, y para todos que tratamos a viajar en este camino de la fe. Amén.